

CAPITULO V.

TEORÍA DE ROHMER.

En 1842, en medio de las luchas políticas que dividían entonces al canton de Zurich y á Suiza, fué cuando Federico Rohmer concibió su notable teoría de los partidos (1). Teodoro Rohmer, su hermano segundo, la publicó dos años despues en un libro tan sólido como brillantemente escrito por confesion misma de sus adversarios. Yo mismo tomé entonces una parte activa en su desarrollo (2).

Las vivas luces que suministra esta obra, han llegado á ser poco á poco un bien comun de los hombres políticos de Europa. Algunos Franceses é Ingleses se han inspirado en ella, y publicistas de fama han bebido con frecuencia en esta fuente y explotado sus axiomas.

Sin embargo, la fortuna del libro no respondió en un principio á su valor real ni al talento de sus autores, y esto por una doble razon: un gran número de progresistas temieron desde luego encontrar en él, ménos un estudio científico que una obra de partido destinada á disolver hábilmente las agrupaciones políticas, á humillar á los radicales y ayudar á la reacción por la union de los conservadores y de los liberales (3). Esta desconfianza injusta, del mismo modo que el furor de los partidos extremos, no se explica más que por las circunstancias del momento. El sistema de Rohmer se deduce lógicamente de su psicología, y es tan

(1) Despues fué expuesta en el *Beobachter aus der östlichen Schwitz*.

(2) *Friedrich Rohmers Lehre von den politischen Parteien*, por Theodor Rohmer; Zurich, 1844. (Actualmente reimpressa por Beck, edic., Nordlingen.)

(3) El art. «Partein» de Abt., (en los suplementos de la primera edicion de *Statslexicon* de Rotteck y Welker) formula ligeramente esta acusacion como una verdad incontestable.

desfavorable á toda reaccion, como útil á las formaciones libres. Se puede reconocer, sin embargo, que su primera fórmula se resentía de las luchas concomitantes; que pintaba con cierta exageracion y aspereza los defectos, y los crímenes de los radicales y de los absolutistas, y que desconocía demasiado las ventajas y la necesidad de estos mismos partidos.

En segundo lugar, la vida de los partidos todavía estaba muy atrasada en la Alemania de entónces. El estudio psicológico del espíritu político era allí absolutamente nuevo. La obra de Rohmer hubiera tenido mucho mejor éxito si hubiera aparecido en 1849, ó mejor aún en 1867.

Del mismo modo que el Estado debe ser comprendido y explicado por la naturaleza humana, así tambien los partidos políticos que la animan no pueden serlo, en sus causas naturales, más que por la vida humana. «Para conocer, dice Rohmer, lo que es el cuerpo del Estado, estudio las cualidades esenciales (*Grundrenhältnisse*) del alma humana; para expltcar su vida, debo investigar las leyes de su desenvolvimiento.» (§ 17).

Ahora bien; el hombre se desarrolla sucesivamente siguiendo la série de las edades, que tienen cada una su carácter propio y su espíritu; y, por otra parte, los diversos partidos políticos se distinguen entre sí, *simultáneamente*, por diferencias que corresponden exactamente á aquellas edades. Luego la ley natural de su vida es la misma que la ley psicológica de las edades de la vida humana.

El hombre (vir) se eleva y desarrolla naturalmente, y despues declina. Vedlo crecer con rapidez en el doble periodo de su infancia y juventud, (*infantia et pueritia*); despues que llega á la pubertad, la adolescencia brota en su flor, y luego el hombre joven se adelantará lleno de fuego y de audacia. La edad madura, más perfecta, sucede y marcha lentamente hácia la vejez.

El hombre joven y el hombre maduro ocupan la cúspide de la vida natural; ámbos tienen la plenitud de sus fuerzas activas y viriles; solamente que las fuerzas creadoras y productivas son las que obran predominantemente en el primero, y las conservadoras y correctivas en el segundo. De este modo, el hombre joven responde al liberalismo, y el hombre maduro al conservadurismo.

Por el contrario, la infancia aspira á la virilidad, objeto

lejano de su desarrollo; dominan en ella las fuerzas *receptivas*, y por consiguiente *pasivas*.

Su ojo está atento, pero fácilmente se distrae; su imaginación es viva, su alma tierna y dócil; mas faltan la fuerza independiente y creadora, la razón segura. Estos rasgos son exactamente los del *radicalismo*. La *vejez*, á su vez, no hace más que un uso incierto de las fuerzas viriles; los elementos pasivos y femeninos vuelven á ser los que preponderan: tiranía, irritabilidad, astucia, espíritu de combinación; esta es la imagen perfecta del partido *absolutista*.

Si el Estado no es una simple abstracción, sino un *ser viviente*, la *forma consciente* y *varonil* de la nación, y por decirlo así, el hombre mismo (*vir*) *agrandado*, la misión natural de gobernarle pertenece sobretodo á los partidos en que dominan las fuerzas viriles, á los *liberales* y á los *conservadores*. Los dos partidos extremos no tienen pues naturalmente en el Estado más que una importancia *subordinada*.

Segun se ve, el sistema psicológico destruye la opinión que no encuentra en los partidos liberales más que semi-progresistas, y en los conservadores, absolutistas inconsecuentes. Esta antigua teoría, tan frecuentemente alambicada aún, libra al Estado de los *partidos extremos*. La de Rohmer, por el contrario, subordina los extremos á los *partidos medios* más varoniles y mejor equilibrados; quiere que el joven liberalismo guíe al radicalismo tierno aún, y que el sábio conservador modere el celo del absolutismo.

Apresurémonos aquí á prevenir una *mala inteligencia*. Objétase con frecuencia que en el seno de todos los partidos se presentan hombres de todas edades; de aquí que los partidos no se agrupen segun las edades, sino segun los principios, los intereses los objetivos, y que Rohmer se engaña. Penetremos, ante todo, en su teoría.

Todo el que no muere prematuramente, pasa por las diferentes edades de la vida, y puede observar en sí mismo y en los demás los caracteres que le distinguen. Nada le convencerá mejor de la exactitud de la explicación rohmeriana. Si la edad determinase la conducta del hombre, cada cual de nosotros partiría siendo niño del campo radical para llegar, siendo viejo, al campo absolutista.

¿Por qué, pues, los hechos no concuerdan con esta regla? ¿Por qué la experiencia permite á lo sumo afirmar que la juventud es más bien radical ó liberal, y la edad más

madura es conservadora ó absolutista? ¿Por qué nos muestra radicales con cabellos blancos, y absolutistas recién salidos de la escuela?

Por que el hombre no es *simplemente un ser de especie*, cuya vida entera esté determinada de antemano y necesariamente por la sucesión de las edades. Es cierto que los caracteres de la especie, tan claramente reconocibles en el cuerpo humano, se someten siempre á la ley fija de las edades; mas las cualidades físicas y morales que determinan la *vida de la raza*, no son más que una paz de nuestra naturaleza.

El hombre es un *ser doble*. Al lado de la faz común hay en él una segunda fase, que difiere en cada cual, y que, lejos de someterse á la ley de las edades, se desarrolla independientemente: tal es el *espíritu*, la *aptitud individual*, *cualidad especial* de la cual la raza corporal es la sustancia.

Este espíritu individual no encierra indudablemente fuerza alguna que sea extraña á la raza en general; solamente que las relaciones de las fuerzas *humanas* varían en en cada uno de la manera más diversa.

Compréndese, pues, fácilmente que, si las cualidades normales de las edades dominan más ó menos la naturaleza individual, puedan á su vez ser dominadas por éstas. Así es que ciertos hombres continúan siendo perpétuamente niños, mientras que otros muestran desde su juventud una prudencia y una razón consumadas. Alcibiades era todavía un niño á la edad de hombre; Augusto en la adolescencia, era un anciano, Pericles conservó su juventud hasta la tumba, y Escipion fué toda su vida un hombre.

Por tanto, la elección de partido y la influencia que en él se ejerce dependen más aun de las *disposiciones individuales* que de la edad. Ciertos individuos son conservadores, otros radicales por naturaleza. Para convencerse de ello basta estudiar á los hombres que se ocupan activamente de política. Si pudiésemos penetrar la envoltura humana, y reconocer la oculta individualidad tan claramente como las cualidades de raza, indicaríamos con certeza el partido á que cada cual de nosotros pertenece *por su naturaleza individual*.

Nadie es responsable de su naturaleza; así es que á nadie puede echarse en cara el pertenecer *naturalmente* á tal ó cual partido. Los partidos tienen en realidad su causa úl-

tima en la diversidad de las naturalezas individuales, querida por Dios; por lo cual son necesarias, y tienen el derecho de existir, en cuanto emanan de esta diversidad misma. Así, los partidos *naturales* pueden muy bien combatirse para encontrar su justa relacion; más no podrían, sin cometer un crimen pensar en destruirse. Todos son indispensables para la vida, tan ricamente puesta en movimiento por el hombre. La humanidad y la buena política exigen igualmente que *se respeten el uno al otro*.

Mas la *naturaleza* no domina exclusivamente; á su lado está la *libertad*, y ésta viene á su vez á jugar un papel importante en la formacion de los partidos.

Una naturaleza infantil se siente impulsada hácia el radicalismo; una naturaleza vetusta, hácia el absolutismo. Pero esta tendencia no será siempre la que predomine, porque vienen á atravesar en su camino mil intereses diversos, y sobre todo, porque el hombre puede vencerla, por medio de su misma libertad. Si pues la naturaleza es en esto nuestro primer factor, la eleccion libre es el segundo.

Hé aquí porqué se encuentran frecuentemente en un partido, y aun al frente de él, hombres que, individualmente considerados, no tienen ninguno de sus caractéres. El partido ultramontano, con su carácter evidente de vejez, cuenta numerosos adeptos de una ingenuidad infantil, y ciertos jefes tan insolentes como tunos. Se ha visto á astutos absolutistas ponerse al frente del partido radical y explotar científicamente su inexperiencia. A veces es un liberal el que conduce á los conservadores; y se encuentran siempre ciertas naturalezas conservadoras entre los jefes de los liberales.

La *educacion* y la profesion ejercen ademas tan grande influencia en la formacion de los partidos, que se puede hacer de ella la nota distintiva en todas las clases de la sociedad. La voluntad de los parientes, la familia, la escuela, la vida práctica y el uso vienen á romper de mil maneras la fuerza de las disposiciones individuales, y se asimilan lentamente las naturalezas contrarias. Así es que la agricultura tiene una influencia conservadora, el comercio y la industria una influencia liberal. La educacion de los jesuitas subleva á veces á la juventud; más llega á trasformar á sus discípulos sumisos y á marcarles con su sello absolutista.

Lo que tambien aumenta la variedad del juego y los ma-

tices de las formaciones es el carácter individual, que rara vez es *puro y completo*, sino que presenta frecuentemente lagunas, mezclas y contradicciones. Las naturalezas completas y perfectamente equilibradas son raras en extremo, y no pertenecen casi más que á los *grandes hombres* que dominan la historia universal, y son tambien los tipos elevados de los partidos.

Los verdaderos conservadores y los verdaderos liberales son poco numerosos aún cuando no se les exige más que una perfeccion relativa. Los *espíritus viriles*; los *caractéres enérgicos* son siempre raros. Pocos son los hombres que tienen la fuerza creadora, inteligente y ordenadora, el génio esclarecido soberano del alto tipo liberal ó la astucia tranquila, la firme razon y los sentimientos del alto tipo conservador. Si, no obstante, estos partidos son tan numerosos, es porque sus adeptos, á pesar de sus defectos y debilidades, saben al ménos respetar un ideal elevado y obedecer voluntariamente al consejo y á la razon de los grandes hombres.

Aun en las naciones más viriles, entre los Germanos, por ejemplo, la raza es la viril más bien que los individuos; mas entre ellas los individuos se sienten al ménos con fuerzas bastante activas para ser capaces de marchar bajo la direccion de hombres completos (*der echten Männer*), en un Estado bien constituido. Sin esta subordinacion, el reinado apasionado de los extremos imperaría en el mundo, porque las masas aisladas encierran en todas partes más elementos pasivos que activos. *El Estado libre* no es pues aquel en que *gobierna la mayoría*, sino aquel en que la mayoría *se deja conducir* con inteligencia y libertad por los mejores y más capaces.

Uno tiene espíritu radical y carácter liberal; Garibaldi, por ejemplo, alma noble, pero llevada de ilusiones abstractas; otro, espíritu liberal y alma conservadora, tal es el gran César; un tercero, como Richelieu, unirá el absolutismo del carácter á las tendencias conservadoras; otro, en fin, como Napoleon III, tendrá ideas liberales y cálculos absolutistas. Estas mezclas varían hasta el infinito, dulcifican la rudeza de los partidos, y destruyen en muchos puntos la línea que los separa.

En Inglaterra es donde mejor se reconocen los cuatro partidos naturales. En el parlamento inglés los *radicales* se

distinguen muy claramente de los *whigs* liberales, y los *ultra-toryst absolutistas* de los *toryst conservadores*. Los demás Estados avanzados presentan divisiones análogas. Las cámaras francesas tienen ordinariamente un *centro derecho* conservador, y un *centro izquierdo* liberal; despues una *extrema izquierda* radical y una *extrema derecha* absolutista. Del mismo modo, los *nacionales-liberales* del Reichstag alemán están separados de los *progresistas*, más inclinados á las doctrinas radicales, y los *conservadores-libres*, del *partido* ministerial, que encerraba algunos nobles ab-
absolutistas.

No se puede dudar que estas agrupaciones son la expresion de las divisiones naturales de los partidos, por más que aún estén lejos de encontrarse libres de toda mezcla.

Sin embargo, las *elecciones* y *deliberaciones* de las asambleas no presentan frecuentemente, en último caso, más que dos sistemas en contraposición, y todos los demás generalmente se ven obligados á unirse á ellos. De este modo; los cuatro grupos naturales se reducen con frecuencia á dos por combinaciones muy diversas.

A veces es un sólo partido el que se convierte en adversario de los otros tres, y marcha á una derrota casi segura bajo los golpes de la coalicion que sus pretensiones han engendrado. Este papel aislado corresponde rara vez á un partido medio. Mas cuando las pasiones se desencadenan, un partido extremo llega á veces á aterrorizar ó á imponerse momentáneamente á todos los demás, como los *jacobinos radicales*, apoyados en un pueblo furioso (1792-1794), y los *absolutistas extremos* del partido de la corte en España, bajo el triste reinado Fernando VII. Afortunadamente la fuerza de las oposiciones naturales no permite que esta dominación sea duradera.

Una coalicion más peligrosa y muy frecuente es la de los partidos extremos contra los moderados; pero ésta dura quizá ménos aún que la anterior. Los extremos que se tocan momentáneamente, se reservan siempre el separarse y combatir con violencia inmediatamente despues de la victoria. Jamás estarán verdaderamente unidos. Un odio común ó una negacion pura y simple les une accidentalmente; pero no pueden entenderse sobre un resultado positivo, porque el reinado del uno provoca necesariamente la contradicción directa del otro. La paz sólo es posible entre ellos por

la accion moderada y tranquila de los partidos medios.

La coalicion de los *ultramontanos* con los demócratas radicales, y á veces tambien con los *comunistas* y los *socialistas*, es un notable ejemplo de este género.

La alianza de los extremos obliga frecuentemente á los partidos medios á entenderse, y la union de éstos engendra, segun los casos, una política *conservadora-liberal* ó *liberal-conservadora*, que impide generalmente el triunfo de los extremos, tanto á consecuencia de la superioridad intelectual de los partidos medios, como en razon de los mejores elementos de los extremos que aquellos llegan á aplacar. Así es que el acuerdo de los *whigs* y *toryst* ha podido introducir importantes reformas, á pesar de la coalicion de los *ultramontanos* y de los radicales. La historia de la cámaras alemanas presenta ejemplos análogos.

Pero lo más frecuente es la coalicion de los liberales y los radicales, como el partido del movimiento, marchando contra los conservadores y absolutistas reunidos, ó el partido de la *conservacion*. Este agrupamiento no es malo ni en sí mismo ni en sus efectos; puede tambien llevar las fuerzas de la nacion á su más alto grado, con tal que en los dos cuerpos sean en realidad los moderados los que gobiernan; mas el reinado de los extremos sería tambien aquí muy peligroso. El Estado, lanzado violentamente de uno á otro extremo, perdería todo reposo y toda seguridad, y esto es lo que explica en gran parte la violencia sucesiva de la revolucion y la reaccion en la Europa moderna de un siglo á esta parte. Para la paz de los Estados y el sábio progreso, necesario es que la fraccion moderada y viril de cada uno de los grupos tome la direccion del otro.

Tratemos ahora de definir los tipos de los cuatro partidos políticos. La realidad no hace indudablemente más que aproximarse á ellos más ó ménos, sin corresponder jamás de una manera absoluta; mas poniéndolos de relieve, es decir, mostrando bien el fondo y la forma puros de las oposiciones naturales, la ciencia esclarece y ordena la variedad infinita de los fenómenos particulares.